

Traducción de

La verdadera amenaza de la inteligencia artificial

Por Evgeny Morozov*, para The New York Times

Opinión

30 de junio de 2023.

En mayo, más de 350 ejecutivos del sector tecnológico, investigadores y académicos firmaron una declaración en la que advertían de los peligros existenciales de la inteligencia artificial. "Mitigar el riesgo de extinción de la inteligencia artificial debería ser una prioridad mundial, junto con otros riesgos sociales como las pandemias y la guerra nuclear", advertían los firmantes.

Esta carta se suma a otra de gran repercusión, firmada por Elon Musk y Steve Wozniak, cofundador de Apple, en la que se pide una moratoria de seis meses en el desarrollo de sistemas avanzados de inteligencia artificial.

Mientras tanto, el gobierno de Biden ha instado a una innovación responsable de la I.A., afirmando que "para aprovechar las oportunidades" que ofrece, "primero debemos gestionar sus riesgos". En el Congreso, el senador Chuck Schumer convocó sesiones de escucha "inéditas" sobre el potencial y los riesgos de la I.A., una especie de curso intensivo impartido por ejecutivos del sector, académicos, activistas de los derechos civiles y otras partes interesadas.

La creciente ansiedad por la inteligencia artificial no se debe a las tecnologías aburridas pero fiables que autocompletan nuestros mensajes de texto o dirigen robots aspiradores para esquivar obstáculos en nuestros salones. Es el auge de la inteligencia artificial general, o IAG, lo que preocupa a los expertos.

La IAG aún no existe, pero algunos creen que el rápido crecimiento de las capacidades de ChatGPT de OpenAI sugiere que su aparición está próxima. Sam Altman, cofundador de OpenAI, la ha descrito como "sistemas que, en general, son más inteligentes que los humanos". Construir sistemas así sigue siendo una

tarea de enormes proporciones, algunos dicen que imposible. Pero los beneficios parecen realmente tentadores.

Imaginemos aspiradoras robot que ya no estén condenadas a aspirar el suelo, sino que se conviertan en robots polivalentes capaces de preparar el café de la mañana o doblar la colada sin haber sido programados para ello.

Suena atractivo. Pero si estas aspiradoras IAG se vuelven demasiado poderosas, su misión de crear una utopía inmaculadamente limpia podría complicarse en razón de sus amos humanos que esparcen polvo. Al menos hemos tenido una buena racha.

Los debates sobre la inteligencia artificial están plagados de escenarios apocalípticos. Sin embargo, un incipiente grupo de presión formado por académicos, inversores y empresarios sostiene que, una vez que sea segura, la IAG será una bendición para la civilización. Altman, el rostro de esta campaña, se embarcó en una gira mundial para seducir a los legisladores. A principios de este año escribió que la IAG podría incluso turboalimentar la economía, impulsar el conocimiento científico y "elevar a la humanidad aumentando la abundancia".

Esta es la razón por la que, a pesar de todos los aspavientos, tantas personas inteligentes de la industria tecnológica se afanan en desarrollar esta controvertida tecnología: no utilizarla para salvar el mundo parece inmoral.

Están en deuda con una ideología que ve esta nueva tecnología como inevitable y, en una versión segura, como universalmente beneficiosa. A sus defensores no se les ocurren alternativas mejores para arreglar la humanidad y expandir su inteligencia.

Pero esta ideología -llámese IAG-ismo- es errónea. Los verdaderos riesgos de la IAG son políticos y no se solucionarán domando robots rebeldes. La más segura de las IAG no ofrecería la panacea progresista prometida por su grupo de presión. Y al presentar su aparición como casi inevitable, el IAG-ismo distrae de la búsqueda de mejores formas de aumentar la inteligencia.

Sin que sus defensores lo sepan, el IAG no es más que el hijo bastardo de una ideología mucho mayor, que predica que, como dijo Margaret Thatcher, no hay alternativa al mercado.

En lugar de romper el capitalismo, como ha insinuado el Sr. Altman que podría hacer, la IAG -o al menos la prisa por construirla- es más probable que cree un poderoso (y mucho más moderno) aliado para el credo más destructivo del capitalismo: el neoliberalismo.

Fascinados con la privatización, la competencia y el libre comercio, los arquitectos del neoliberalismo querían dinamizar y transformar una economía estancada y favorable al trabajo a través de los mercados y la desregulación.

Algunas de estas transformaciones funcionaron, pero tuvieron un coste inmenso. A lo largo de los años, el neoliberalismo atrajo a muchísimos críticos, que lo culparon de la Gran Recesión y la crisis financiera, el trumpismo, el Brexit y muchas otras cosas.

No es de extrañar, por tanto, que la administración Biden se haya distanciado de la ideología, reconociendo que los mercados a veces se equivocan. Fundaciones, *think tanks* y académicos se han atrevido incluso a imaginar un futuro posneoliberal.

Sin embargo, el neoliberalismo dista mucho de estar muerto. Peor aún, ha encontrado un aliado en el IAG-ismo, que refuerza y reproduce sus principales sesgos: que los actores privados superan a los públicos (el sesgo del mercado), que adaptarse a la realidad es mejor que transformarla (el sesgo de la adaptación) y que la eficiencia triunfa sobre las preocupaciones sociales (el sesgo de la eficiencia).

Estos sesgos dan la vuelta a la seductora promesa de la IAG: En lugar de salvar el mundo, la búsqueda de su construcción empeorará las cosas. He aquí cómo.

La inteligencia artificial nunca superará las exigencias de ganancias del mercado.

¿Recordás cuando Uber, con sus tarifas baratas, cortejaba a las ciudades para que les sirvieran de sistema de transporte público?

Todo empezó muy bien, con Uber prometiendo viajes increíblemente baratos, cortesía de un futuro con coches autoconducidos y costes laborales mínimos. A los grandes inversores les encantó esta visión, e incluso absorbieron las pérdidas multimillonarias de Uber.

Pero cuando llegó la realidad, los coches autónomos seguían siendo una quimera. Los inversores exigieron ganancias y Uber se vio obligada a subir los precios. Los

usuarios que confiaban en ella para sustituir a los autobuses y trenes públicos se quedaron en la cuneta.

El instinto neoliberal que subyace al modelo de negocio de Uber es que el sector privado puede hacerlo mejor que el sector público: el sesgo del mercado.

No se trata sólo de las ciudades y el transporte público. Los hospitales, los departamentos de policía e incluso el Pentágono dependen cada vez más de Silicon Valley para cumplir sus misiones.

Con la IAG, esta dependencia no hará sino aumentar, entre otras cosas porque su alcance y ambición no tienen límites. Ningún servicio administrativo o gubernamental será inmune a su promesa de disrupción.

Además, la inteligencia artificial ni siquiera tiene que existir para atraerlos. Esta es, en cualquier caso, la lección de Theranos, una start-up que prometió "resolver" la atención sanitaria mediante una revolucionaria tecnología de análisis de sangre y que fue la favorita de las élites estadounidenses. Sus víctimas son reales, aunque su tecnología nunca lo haya sido.

Después de tantos traumas parecidos a los de Uber y Theranos, ya sabemos qué esperar del despliegue de IAG. Constará de dos fases. Primero, la ofensiva de encanto de servicios fuertemente subvencionados. Después, el feo repliegue, con los usuarios excesivamente dependientes y las agencias asumiendo los costes de hacerlos rentables.

Como siempre, los expertos de Silicon Valley restan importancia al papel del mercado. En un reciente ensayo titulado "Por qué la inteligencia artificial salvará el mundo", Marc Andreessen, destacado inversor tecnológico, llega a proclamar que la inteligencia artificial "es propiedad de personas y está controlada por personas, como cualquier otra tecnología".

Sólo un inversor de capital riesgo puede traficar con eufemismos tan exquisitos. La mayoría de las tecnologías modernas son propiedad de empresas. Y serán ellas - no las míticas "personas"- las que monetizarán la salvación del mundo.

¿Y realmente lo están salvando? El balance, hasta ahora, es pobre. Empresas como Airbnb y TaskRabbit fueron acogidas como salvadoras de la asediada clase media; los coches eléctricos de Tesla se consideraron el remedio contra el calentamiento del planeta. Soylent, el batido sustitutivo de comidas, se embarcó

en una misión para "resolver" el hambre en el mundo, mientras que Facebook prometió "resolver" los problemas de conectividad en el Sur Global. Ninguna de estas empresas salvó al mundo.

Hace una década, llamé a esto solucionismo, pero "neoliberalismo digital" sería igual de apropiado. Esta visión del mundo replantea los problemas sociales a la luz de soluciones tecnológicas con ánimo de lucro. Como resultado, las preocupaciones que pertenecen al dominio público se reimaginan como oportunidades empresariales en el mercado.

El IAG-ismo ha reavivado este fervor solucionista. El año pasado, Altman afirmó que "la IAG es probablemente necesaria para que la humanidad sobreviva" porque "nuestros problemas parecen demasiado grandes" para que podamos "resolverlos sin mejores herramientas". Recientemente ha afirmado que la IAG será un catalizador para el florecimiento humano.

Pero las empresas necesitan ganancias, y tal benevolencia, especialmente por parte de firmas no rentables que queman los miles de millones de los inversores, es poco común. OpenAI, que ha aceptado miles de millones de Microsoft, se ha planteado recaudar otros 100.000 millones de dólares para construir la inteligencia artificial. (Una estimación de febrero cifraba los gastos de funcionamiento de ChatGPT en 700.000 dólares al día).

Así, la fea fase de reducción, con agresivas subidas de precios para hacer rentable un servicio de IAG., podría llegar antes que la "abundancia" y el "florecimiento". Pero, ¿cuántas instituciones públicas confundirían para entonces los volubles mercados con tecnologías asequibles y pasarían a depender de las caras ofertas de OpenAI?

Y si a usted no le gusta que su ciudad subcontrate el transporte público a una empresa emergente frágil, ¿le gustaría que subcontratara los servicios sociales, la gestión de residuos y la seguridad pública a empresas de inteligencia artificial posiblemente aún más volátiles?

La inteligencia artificial atenuará el dolor de nuestros problemas más espinosos sin solucionarlos.

El neoliberalismo tiene la habilidad de movilizar la tecnología para hacer soportables las miserias de la sociedad. Recuerdo una innovadora empresa tecnológica de 2017 que prometía mejorar el uso de una línea de subte de

Chicago por parte de los viajeros. Ofrecía recompensas para disuadir a los viajeros de viajar en horas pico. Sus creadores aprovecharon la tecnología para influir en el lado de la demanda (los viajeros), ya que consideraban que los cambios estructurales en el lado de la oferta (como aumentar la financiación del transporte público) eran demasiado difíciles. La tecnología ayudaría a que los habitantes de Chicago se adaptaran a las deterioradas infraestructuras de la ciudad, en lugar de arreglarlas para satisfacer las necesidades del público.

Este es el sesgo de la adaptación: la aspiración de que, con una varita tecnológica, podamos insensibilizarnos ante nuestra difícil situación. Es el producto de la implacable defensa que hace el neoliberalismo de la autosuficiencia y la resistencia.

El mensaje es claro: prepárate, mejora tu capital humano y traza tu rumbo como una start-up. Y el IAG-ismo se hace eco de esta melodía. Bill Gates ha pregonado que la IA puede "ayudar a la gente de todo el mundo a mejorar su vida".

El festín solucionista no ha hecho más que empezar: Ya se trate de combatir la próxima pandemia, la epidemia de soledad o la inflación, la inteligencia artificial ya se presenta como un martillo multiusos para muchos clavos reales e imaginarios. Sin embargo, la década perdida por la locura solucionista revela los límites de tales apaños tecnológicos.

Sin duda, las numerosas aplicaciones de Silicon Valley -para controlar nuestros gastos, calorías y regímenes de ejercicio- son ocasionalmente útiles. Pero en su mayoría ignoran las causas subyacentes de la pobreza o la obesidad. Y sin abordar las causas, seguimos estancados en el reino de la adaptación, no de la transformación.

Hay una diferencia entre darnos un codazo para que sigamos nuestras rutinas de paseo a pie -una solución que favorece la adaptación individual- y entender por qué nuestras ciudades no tienen espacios públicos por los que pasear -un requisito previo para una solución favorable a la política que favorezca la transformación colectiva e institucional-.

Pero el IAG-ismo, al igual que el neoliberalismo, considera que las instituciones públicas son poco imaginativas y no especialmente productivas. Deberían limitarse a adaptarse a la IAG, al menos según el Sr. Altman, que recientemente dijo estar nervioso por "la velocidad con la que nuestras instituciones pueden

adaptarse" - parte de la razón, añadió, "de por qué queremos empezar a desplegar estos sistemas realmente pronto, mientras son realmente débiles, para que la gente tenga el mayor tiempo posible para hacerlo".

Pero, ¿deben las instituciones limitarse a adaptarse? ¿No pueden desarrollar sus propias agendas transformadoras para mejorar la inteligencia de la humanidad? ¿O utilizamos las instituciones sólo para mitigar los riesgos de las propias tecnologías de Silicon Valley?

La inteligencia artificial socava las virtudes cívicas y amplifica tendencias que ya nos desagradan.

Una crítica común al neoliberalismo es que ha aplanado nuestra vida política, reordenándola en torno a la eficiencia. "El problema del coste social", un artículo de 1960 que se ha convertido en un clásico del canon neoliberal, predica que una fábrica contaminante y sus víctimas no deberían molestarse en llevar sus disputas a los tribunales. Estos pleitos son ineficaces - ¿quién necesita justicia? - y obstaculizan la actividad del mercado. En su lugar, las partes deben negociar en privado las indemnizaciones y seguir con sus negocios.

Esta obsesión por la eficiencia es la que nos ha llevado a "resolver" el cambio climático dejando que los peores infractores sigan actuando como antes. La forma de evitar los grilletes de la regulación es idear un sistema -en este caso, gravar las emisiones de carbono- que permita a los contaminadores comprar créditos para compensar el carbono extra que emiten.

Esta cultura de la eficiencia, en la que los mercados miden el valor de las cosas y sustituyen a la justicia, corroe inevitablemente las virtudes cívicas.

Y los problemas que crea son visibles en todas partes. Los académicos se preocupan de que, bajo el neoliberalismo, la investigación y la enseñanza se hayan convertido en mercancías. Los médicos lamentan que los hospitales den prioridad a servicios más rentables, como la cirugía electiva, frente a la atención de urgencias. Los periodistas odian que el valor de sus artículos se mida en globos oculares.

Imaginemos que el IAG se encargara de estas prestigiosas instituciones -la universidad, el hospital, el periódico- con la noble misión de "arreglarlas". Sus misiones cívicas implícitas seguirían siendo invisibles para la IAG, ya que esas

misiones rara vez se cuantifican, ni siquiera en sus informes anuales, el tipo de material que se utiliza para formar a los modelos que hay detrás de la IAG.

Después de todo, ¿a quién le gusta presumir de que su clase sobre historia del Renacimiento sólo tuvo un puñado de alumnos? ¿O de que su artículo sobre la corrupción en algún país lejano sólo tuvo una docena de visionados? Ineficaces y poco rentables, esas empresas atípicas sobreviven milagrosamente incluso en el sistema actual. El resto de la institución los subvenciona en silencio, dando prioridad a valores distintos de la "eficiencia" orientada a la ganancia.

¿Seguirá siendo así en la utopía del IAG? ¿O arreglar nuestras instituciones a través de la IAG será como entregarlas a consultores despiadados? También ellos ofrecen "soluciones" basadas en datos para maximizar la eficacia. Pero estas soluciones a menudo no captan la compleja interacción de valores, misiones y tradiciones en el corazón de las instituciones, una interacción que rara vez es visible si sólo se rasca la superficie de sus datos.

De hecho, el notable rendimiento de los servicios tipo ChatGPT es, por su diseño, un rechazo a captar la realidad a un nivel más profundo, más allá de la superficie de los datos. Así, mientras que los primeros sistemas de Inteligencia Artificial se basaban en reglas explícitas y requerían que alguien como Newton teorizara sobre la gravedad -que se preguntara cómo y por qué caen las manzanas-, los sistemas más recientes como IAG simplemente aprenden a predecir los efectos de la gravedad observando millones de manzanas caer al suelo.

Sin embargo, si todo lo que ve la IAG son instituciones con problemas de liquidez que luchan por sobrevivir, nunca podrá deducir su verdadera ética. Buena suerte discerniendo el significado del juramento hipocrático observando hospitales convertidos en centros para la ganancia económica.

Otra famosa sentencia neoliberal de Margaret Thatcher fue que "la sociedad no existe".

El lobby de la IAG comparte involuntariamente esta sombría visión. Para ellos, el tipo de inteligencia que vale la pena reproducir es una función de lo que ocurre en las cabezas de los individuos y no en la sociedad en general.

Pero la inteligencia humana es tanto un producto de las políticas y las instituciones como de los genes y las aptitudes individuales. Es más fácil ser

inteligente con una beca en la Biblioteca del Congreso que teniendo varios trabajos en un lugar sin librería y ni siquiera una conexión Wi-Fi decente.

No parece tan controvertido sugerir que más becas y bibliotecas públicas harán maravillas para potenciar la inteligencia humana. Pero para los solucionistas de Silicon Valley, aumentar la inteligencia es ante todo un problema tecnológico, de ahí el entusiasmo por la inteligencia artificial.

Sin embargo, si el IAG es realmente neoliberalismo por otros medios, entonces deberíamos estar preparados para ver menos -no más- instituciones que potencien la inteligencia. Al fin y al cabo, son los restos de esa temida "sociedad" que, para los neoliberales, en realidad no existe. El gran proyecto de la IAG de amplificar la inteligencia puede acabar reduciéndola.

Debido a este sesgo solucionista, incluso las ideas políticas aparentemente innovadoras en torno a la IAG no logran entusiasmar. Por ejemplo, la reciente propuesta de un "Proyecto Manhattan para la seguridad de la IA". Se basa en la falsa idea de que no hay alternativa a la inteligencia artificial.

Pero, ¿no sería mucho más eficaz nuestra búsqueda del aumento de la inteligencia si, en su lugar, el gobierno financiara un Proyecto Manhattan para la cultura y la educación y las instituciones que las nutren? ¹.

Sin estos esfuerzos, los vastos recursos culturales de nuestras instituciones públicas existentes corren el riesgo de convertirse en meros conjuntos de datos de entrenamiento para las nuevas empresas de IAG, reforzando la falsedad de que la sociedad no existe.

Dependiendo de cómo (y si) se desarrolle la rebelión de los robots, la IAG puede o no constituir una amenaza existencial. Pero con su inclinación antisocial y sus sesgos neoliberales, la IAG ya lo es: No necesitamos esperar a las aspiradoras robot mágicas para cuestionar sus principios.

** Evgeny Morozov, autor de "To Save Everything, Click Here: La locura del solucionismo tecnológico", es fundador y editor de The Syllabus y presentador del podcast "The Santiago Boys".*

¹ Para más información sobre esto: <https://es.wired.com/articulos/teoria-del-proyecto-manhattan-sobre-la-inteligencia-artificial-generativa>